

The Standard Bearer

El Portaestandarte

The Standard Bearer (ISSN 0362-4692 [impreso], 2372-9813 [en línea]) es una publicación mensual, publicada por la Reformed Free Publishing Association; 1894 Georgetown Center Dr. Jenison MI 49428-7137.

Política de reimpresión y publicación en línea

Por la presente se concede permiso para la reimpresión o publicación en línea de los artículos del Standard Bearer por otras publicaciones, siempre que dichos artículos reimpresos se reproduzcan en su totalidad; se citen debidamente; y que se envíe a la oficina editorial una copia de la publicación periódica o de la ubicación de Internet en la que aparece dicha reimpresión o publicación.

Política editorial

Cada editor es el único responsable del contenido de sus propios artículos.
Las cartas al editor deben limitarse a 600 palabras, estar escritas de manera fraternal y responder únicamente a artículos publicados (no a cartas publicadas). Se pueden incluir intercambios más extensos sobre un tema importante de amplio interés como contribuciones de invitados a discreción de los editores. Las cartas y contribuciones se publicarán a discreción del editor y podrán editarse para su publicación.
Todas las comunicaciones relativas a los contenidos deberán dirigirse a la redacción.

Precio de la Suscripción completa

37,00 dólares al año en EE.UU., 52,00 dólares en el resto del mundo. e-suscripción: \$22.00 e-suscripción gratuita para los actuales suscriptores de la edición impresa.

Política publicitaria

El Standard Bearer no acepta publicidad comercial de ningún tipo. Los anuncios de eventos de la iglesia y la escuela, aniversarios, obituarios, y las resoluciones de simpatía serán por una cuota de \$10.00. Los anuncios deben enviarse, con la cuota de \$10.00, a: RFPA, Attn: SB Announcements, 1894 Georgetown Center Dr, Jenison, MI 49428-7137 (correo electrónico: mail@rfpa.org). La fecha límite para los anuncios es un mes antes de la fecha de publicación.

Página web de la RFPA: www.rfpa.org
Página web de la PRC : www.prca.org

La Reformed Free Publishing Association mantiene la privacidad y la confianza de sus suscriptores al no compartir con ninguna persona, organización o iglesia ninguna información sobre los suscriptores del Standard Bearer.

Oficina editorial

Prof. Barry Gritters
4949 Ivanrest Ave SW
Wyoming, MI 49418
gritters@prca.org

Oficina comercial

Sr. Dwight Quenga
1894 Georgetown Center Dr
Jenison, MI 49428-7137
616-457-5970
dwight@rfpa.org

Traducción al español por cortesía de Jorge Carbajal
correo electrónico: jorge.carbajal.a@hotmail.com

Para obtener una copia completa de la versión original en inglés del Standard Bearer visite www.rfpa.org para suscribirse. Si desea una copia completa de un solo número, envíe un correo electrónico a mail@rfpa.org.

Febrero, 2025 • Volumen 101, Número 6

Contenido:

El camino bendecido de los hijos de Dios (Salmo 119:1-8)
MEDITACION | Rev. JOHN MARCUS | 2

Nahum (8) Nahum 2:1,2
Se anuncia la venida de los Babilonios
ESCUDRIÑAR LAS ESCRITURAS | Rev. RONALD HANKO | 5



El Portaestandarte • FEBRERO 2025 1



EL CAMINO BENDECIDO DE LOS HIJOS DE DIOS

REV. JOHN MARCUS

Pastor de Peace PRC en Dyer, Indiana

Bienaventurados los perfectos de camino, Los que andan en la ley del Señor. Bienaventurados los que guardan sus testimonios, Y con todo el corazón le buscan; Pues no hacen iniquidad Los que andan en sus caminos. Tú encargaste Que sean muy guardados tus mandamientos. ¡Ojalá fuesen ordenados mis caminos Para guardar tus estatutos! Entonces no sería yo avergonzado, Cuando atendiese a todos tus mandamientos. Te alabaré con rectitud de corazón Cuando aprendiere tus justos juicios. Tus estatutos guardaré; No me dejes enteramente. —Salmo 119:1-8

El texto ofrece una descripción sorprendente de los hijos de Dios. Nosotros, los que somos verdaderamente bendecidos, somos intachables en el camino y andamos en la ley del SEÑOR. Los hijos verdaderamente bendecidos de Dios guardan sus testimonios y lo buscan con todo el corazón. ¿Nos describe eso a nosotros? Si somos verdaderamente bendecidos, esa bendición se manifestará en nuestras vidas.

El Salmo 119 trata sobre el camino bendecido de los hijos de Dios. Cada una de las veintidós secciones presenta una letra del alfabeto hebreo, de modo que cada uno de los ocho versículos de una sección en particular comienza con esa letra en particular. De este modo, el salmo nos da el abecedario de una vida de agradecimiento que se manifiesta al andar en los caminos de Dios. A lo largo del salmo tenemos el privilegio de escuchar la oración del salmista pidiendo gracia mientras camina por ese camino bendecido.

¿Estamos caminando en ese camino bendecido?

El término *bendecido* implica que la salvación es un don precioso de Dios para los pecadores que no lo merecen. La primera palabra de la primera sección del salmo es “bienaventurados”, un término que apunta a la felicidad. Esa felicidad no consiste en seguir a un equipo deportivo ganador, tener una casa grande en el campo, tener un buen trabajo o estar sano. Más bien, nuestra bienaventuranza consiste en estar en el camino que conduce al cielo. La verdadera bienaventuranza es pertenecer a nuestro fiel Salvador Jesucristo. “*Bienaventurado* [literalmente, *Bendecido*] tú, Oh Israel. ¿Quién como tú, Pueblo *salvo por el Señor...*” (Dt. 33:29).

Esa bienaventuranza se hace aún más preciosa cuando consideramos que por naturaleza éramos todo lo contrario; por naturaleza estábamos bajo la maldición de Dios. Dios colocó a Adán y Eva en el jardín como sus amigos-siervos. En ese estado perfecto, ellos fueron verdaderamente bendecidos. Pero por instigación del Diablo, Adán y Eva decidieron andar en su propio camino y rechazar el camino que Dios les había dado.

En Adán, merecemos ser maldecidos, pero Dios nos bendice de todos modos. Nos lleva a una comunión de pacto con Él sobre la base de la obediencia perfecta y el sacrificio expiatorio de Cristo. Nos coloca en el camino que conduce a la gloria y nos sostiene de su mano derecha durante todo el trayecto. Nuestra bienaventuranza consiste en pertenecer a Jesucristo y ser convertidos nuevamente en amigos y siervos de Dios.

Teniendo esa bienaventuranza ¡daremos evidencia de ella en nuestras vidas!

En primer lugar, nosotros, los que somos bendecidos por Dios, seremos “los perfectos de camino” (v. 1). La palabra *perfecto* significa ser íntegro y sin defecto. Ser “perfectos de camino” es estar en el camino correcto. Según la frase paralela, cuando somos “perfectos de camino”, “andaremos en la ley del SEÑOR” (v. 1). Conduciremos nuestras vidas en conformidad con la ley de Dios. Prestaremos atención a la instrucción de Dios. Consideraremos nuestra vida de agradecimiento como indispensable y nos esforzaremos por ser santos.

En segundo lugar, nosotros, los bendecidos por Dios, “guardaremos sus testimonios” (v. 2). Los testimonios de Dios son su testimonio explícito acerca de su voluntad, justicia, amor y gracia. Dios ha dado testimonio explícito acerca de Jesucristo, nuestro único Salvador. Él ha dado testimonio explícito de nuestro llamado a vivir para su gloria. Cuando “guardamos sus testimonios”, meditaremos sobre ellos y los practicaremos mientras buscamos su gloria.

En tercer lugar, nosotros, los que somos bendecidos por Dios, “lo buscaremos con todo el corazón” (v. 2). Lo seguiremos cuidadosamente. Le pediremos que nos guíe a un mayor conocimiento de él mismo. Nuestro seguimiento de Dios no debe ser un simple ejercicio externo, simplemente siguiendo las instrucciones; nuestro seguimiento debe provenir desde el corazón. Dios no quiere solo una parte de nuestro corazón; Él quiere nuestro corazón entero. Él quiere que le sirvamos no sólo en un aspecto, sino en todos los aspectos de la vida; no sólo los domingos, sino todos los días de la semana; no sólo dando unos cuantos dólares, sino entregándonos a Él; no sólo amando a nuestros amigos, sino amando incluso a nuestros enemigos. Dios quiere que le sirvamos con todo el corazón, sin hipocresía.

Podríamos tener la impresión de que el salmista tiene una imagen poco realista de la vida cristiana. Algunos podrían incluso acusar al salmista del error del perfeccionismo. ¿Cómo puede imaginarse que el hijo de Dios sea “perfecto de camino”? ¿Acaso no sabe que todavía tenemos el viejo hombre de pecado y que nuestro camino se contamina cada día con nuestros pecados?

Sin embargo, la verdad es que todos los que han sido traídos a la comunión con Dios por la sangre y el Espíritu de Cristo, son perfectos de camino *hasta cierto punto*. Por la gracia de Dios, “andamos en la ley del SEÑOR” (v. 1). Por su gracia, “guardamos sus testimonios y lo buscamos con todo el corazón” (v. 2). Por el poder de la gracia, “andamos en sus caminos” (v. 3). Decir que ningún hijo de Dios es “perfecto de camino” sería decir que ningún hijo de Dios es verdaderamente “bienaventurado”. Sin embargo, cuando Dios nos da la bendición de la salvación, no puede ser de otra manera sino que el Espíritu Santo obrará por su gracia poderosa en nuestros corazones para que seamos en verdad “perfectos de camino”. No perfectamente sin mancha; pero verdaderamente sin mancha.

Por la gracia de Dios, disfrutamos de cierto grado de bienaventuranza en esta vida; y sin embargo, aún nos queda mucho por delante. El salmista comprendió que no era completamente “perfecto en su camino”. Sabía que no “andaba en la ley del SEÑOR” con el celo que debía tener. Sabía que no guardaba los testimonios de Dios ni lo buscaba con todo su corazón como debía hacerlo.

Conociendo sus muchas faltas, el mandato de Dios resonó en sus oídos: “Nos has mandado que guardemos *diligentemente* tus mandamientos” (v. 4). Los mandamientos de Dios son sus instrucciones particulares, que nos imponen grandes responsabilidades sobre nosotros. ¿Podemos realmente confiar en nuestras propias fuerzas para guardar los mandamientos de Dios con la debida *diligencia*? Seguramente que no.

Más bien, cuando veamos nuestras debilidades y pecaminosidad, oraremos a Dios

con el salmista: “¡Ojalá fuesen ordenados mis caminos para guardar tus estatutos!” (v. 5). Oraremos por la gracia de Dios con un deseo ferviente de que Él obre en nosotros por medio de su Espíritu, para que podamos guardar sus estatutos. Nuestra oración nace del deseo de que Dios obre en nosotros un mayor respeto por su Palabra escrita.

Esa es la oración de alguien que ha sido bendecido por Dios. Aquellos que están bajo la maldición de Dios no tienen ningún deseo de moldear sus vidas de acuerdo con la Palabra de Dios. No quieren que sus vidas agraden a Dios y no les importa en absoluto su gloria. Los impíos se consideran bendecidos por poder hacer lo que es correcto ante sus propios ojos y vivir para sí mismos.

No es así para el hijo de Dios. Cuando el Espíritu Santo obra en nuestros corazones y nos bendice con las bendiciones que Jesucristo ha ganado para nosotros, también nos hace ver que sin Cristo no somos nada. El deseo de que nuestros “caminos sean ordenados para guardar los estatutos de [Dios]” (v. 5) nace del corazón de alguien que es verdaderamente bendecido.

Tal oración expresa nuestro bendito deseo de tener comunión con Dios. Esa oración se pronuncia con el conocimiento de que nuestros pecados contristan al Espíritu de Dios. Por la gracia de Dios, comprendemos que los grandes pecados ofenden a Dios y traen sobre nosotros una culpa mortal. Entendemos que nuestros pecados interrumpen el ejercicio de nuestra fe y hieren nuestra conciencia, de modo que incluso podemos perder el sentido del favor de Dios hasta que Él nos lleve de nuevo al arrepentimiento (cf. Cánones de Dordrecht 5.5).

El Salmo 119 no es la oración de alguien que odia los caminos de Dios y quiere estar lejos de Él; es la oración de alguien que ama a Dios y quiere estar cerca de Él en comunión. El salmista sabía que caminar con Dios significa caminar en sus caminos.

Tal como estaba, el salmista se avergonzaba de sí mismo. Pero, si Dios sería misericordioso de él, ya no se avergonzaría más. Esa es la conexión entre los versículos 5 y 6: “Entonces no sería yo avergonzado, cuando atendiese a todos tus mandamientos” (v. 6). Le está pidiendo a Dios que obre en su corazón para que él quiera y haga conforme a los estatutos de Dios, de modo que no se avergüence en la presencia de Dios. Cuando no cumplimos los caminos de Dios, debemos arrepentirnos y clamar a Dios por misericordia.

Nuestro deseo de andar en los caminos de Dios puede ser justamente por los beneficios espirituales que experimentaremos al hacerlo. Pero el propósito principal, que debería orientar todos los demás propósitos, se expresa en el versículo 7: “*Te alabaré con rectitud de corazón, cuando haya aprendido tus justos juicios*”. Una marca del verdadero agradecimiento a Dios es el deseo que Él sea honrado y alabado en toda nuestra vida.

Ese deseo de alabar a Dios está implícito en la resolución del salmista: “Guardaré tus estatutos” (v. 8). Pero para hacer eso, Dios debe acompañarnos en cada paso del camino. Por eso el salmista ora: “No me dejes enteramente” (v. 8). No podemos andar por esos caminos con nuestras propias fuerzas. Por eso oramos para que Dios no nos abandone a nosotros mismos. Afortunadamente, Cristo fue completamente abandonado por Dios en la cruz, para que nunca seamos abandonados por Dios. Y Aquel que comenzó una buena obra en nosotros continuará con nosotros incluso hasta el final de nuestra peregrinación.

¡Qué maravilla que Dios nos haya puesto en ese camino bendecido que conduce a la gloria!